

LA CAMPAÑA DE CULTURA ALDEANA (1934 - 1936) EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LA EDUCACIÓN COLOMBIANA

Carlos Jilmar Díaz Soler*

I

La memoria para el hombre tiene un valor esencial. Al individuo le permite recuperar vivencias, recordar y procurar no repetir aquello que ha sido vergonzoso o doloroso, lo que posibilita establecer preferencias y gustos, teniendo en cuenta su “experiencia” e intereses. En fin, ella contribuye a encontrarle sentido a la existencia. Ahora bien, la historia como disciplina tiene un papel importante para desempeñar en la sociedad contemporánea, si se tiene en cuenta que los seres humanos, desde un punto de vista biológico, somos casi idénticos a como éramos hace diez o veinte siglos. Lo que ha cambiado, significativamente, es el mundo por donde los hombres hemos transitado. Baste recordar el esplendor griego o la época medieval o el más reciente de los cambios, el de la informática y las telecomunicaciones, por citar unos ejemplos.

El modo en que las sociedades humanas viven y actúan ha sufrido una transformación radical. Por lo tanto, la historia como disciplina debe mostrarnos “las pautas y mecanismos del cambio histórico en general, y más concretamente, lo relativo a las transformaciones sufridas por las sociedades humanas durante los últimos siglos en los que los cambios se han generalizado y han aumentado de una manera espectacular”¹¹¹. Así la historia, siguiendo a Jorge Orlando Melo, en la medida en que mantenga alguna pretensión de coherencia, seguirá siendo un polo unificador, un lugar de atracción de las preguntas aún no resueltas, que impide que los textos o los hombres o los incidentes o las encrucijadas del pasado se conviertan en ejemplos a seguir o evitar, en tema de identificación más o menos conscientes; permite superar, además, toda tentación a fijar la historia actual a un proceso irremediable y determinado que se origina en el pasado; así mismo, contribuye a recordar y reconocer la incertidumbre del presente y el futuro; por lo tanto, promover una conciencia histórica, en donde el pasado sea ante todo una fuente de experiencia compartida y no un anda que limita al presente permite vislumbrar nuevas preguntas, adicionarlas a las que ya trabajábamos, para que se conviertan en preguntas sobre la sociedad y sus individuos y, sobre el cómo vivimos, para de esta manera aportar elementos a la pregunta cómo somos lo que somos.

En el contexto académico colombiano, la historia como saber tiene un camino relativamente corto. Esta comienza a configurarse como disciplina, de manera formal, con la independencia de España y con la “necesidad de relatar y dar cuenta de las acciones grandes y heroicas” de un pasado legendario, con el cual se decidió el destino de un pueblo¹¹². En un comienzo, es una historia que pretende explicar, el porqué de los

* Investigador Universidad Pedagógica Nacional.

¹¹¹ Eric Hobsbawm. *Sobre la historia*, en: “¿Qué puede decirnos la historia sobre la sociedad contemporánea?”, Crítica, Barcelona, 1998, p. 45.

¹¹² Jorge Orlando Melo considera que, aunque la historiografía colombiana comienza con la conquista, en donde, junto con los acompañantes de los primeros conquistadores hubo soldados o clérigos que se preocuparon por comunicar a la posteridad o a las autoridades españolas lo que acontecía, estos cronistas, en sentido estricto, no son considerados historiadores. Estos constituyen la prehistoria de un género que sólo se

acontecimientos, e intenta develar la trama que dio origen a la nueva nación colombiana; además, surge con la intención y el afán de “dotar a una nación que empieza a conformarse con un pasado que esté a la altura de los merecimientos presentes”, para de esta manera contribuir a configurar el espíritu nacionalista en los nuevos ciudadanos¹¹³. A este interés por la configuración de la nacionalidad se le sumó una creciente subordinación de la historia a las necesidades de la polémica ideológica de mediados del siglo XIX, colocando la interpretación histórica al servicio de las perspectivas de un programa de reformas políticas. Hacia 1880 la preocupación por las fuentes se amplía en los historiadores profesionales, interesados en manejar masas cada vez mayores de documentación primaria y en someter las fuentes a una crítica testimonial, para hallar la “verdad”; verdad que en este periodo estaba fuertemente influenciada por el positivismo y su intención de sujetar la historia a los principios metodológicos de las ciencias naturales.

El reconocimiento de un grupo amplio de historiadores identificados por unas metodologías más exigentes, llevó a la conformación de la Academia Colombiana de Historia, en 1902. Los profundos cambios que se suceden en la sociedad colombiana en la década del 30 posibilitan que los estudios históricos ya no se queden exclusivamente en un público especializado, sino que por el contrario, se busquen públicos más amplios editando textos amenos y bien escritos.

Esta incorporación de nuevos elementos ideológicos en la cultura nacional permite que surjan trabajos “lentos de exigencia, de rigor, e influenciados por las más variadas corrientes de la cultura contemporánea”. Pero el ambiente político del periodo hace que estas corrientes sólo adquieran un impacto verdadero hacia la década del 60, en donde grupos minoritarios de intelectuales trataron de encontrar caminos para una transformación¹¹⁴.

Estos caracteres tradicionales de la historiografía no desaparecen con el ingreso de nuevas perspectivas durante las primeras décadas del siglo XX, pero a partir de los años 60, se hacen numerosos intentos por romper con las bases conceptuales de la historia tradicional, mediante el esfuerzo por liberarse del empirismo implícito en los trabajos de esta clase, con el uso de categorías conceptuales más complejas y rigurosas —tipos de definiciones de tendencias, formulaciones de criterios de análisis estructural—, o mediante la mera ruptura de las limitaciones temáticas.

Algunos factores que han promovido la aparición de esta nueva historiografía, con nuevos métodos e intereses y que pueden de manera general señalarse, son la creciente importancia de los estudios históricos en las universidades y la consecuente profesionalización de la disciplina, la difusión de categorías de origen marxista, los aportes de estudiosos extranjeros, la exigencia, por parte de diversos sectores de la cultura y la

configura realmente con la independencia, cuando la presentación ingenua en el manejo de los temas, el impulso a incluir todos los incidentes y sucesos, porque todos son “interesantes”, o la falta de claridad frente al manejo del tiempo y la no presencia de una perspectiva unificadora del pasado es reemplazada por una historia que pretende explicar el origen de la nueva nación colombiana.

¹¹³ Jorge Orlando Melo. *Historiografía colombiana, realidades y perspectivas*, Medellín, 1996, Colección de autores antioqueños, p. 19.

¹¹⁴ Jorge Orlando Melo. La literatura histórica en la república, en: *Historiografía colombiana, realidades y perspectivas*. Medellín, 1996, Colección de autores antioqueños, volumen 107, p. 98.

sociedad colombiana, de una reinterpretación del pasado nacional en términos más acordes con la visión que tienen de sí mismos, etc.¹¹⁵

Así, el nivel de análisis y campos de acción de la disciplina adquieren mayor complejidad y se indaga sobre nuevos objetos de estudio que, gracias al interés de los investigadores de la disciplina en la realidad nacional y a la influencia de corrientes de pensamiento contemporáneas, se materializan en múltiples trabajos. En este marco, también a mediados del pasado siglo y producto de la incursión de nuevos conceptos y criterios explicativos que revelen el sentido de los hechos al colocarlos en una relación precisa con determinadas estructuras sociales, podemos ubicar el campo de la historia de la educación, como objeto sistemático de estudio y reflexión, inscrito dentro de la historia cultural.

A partir de la década del 50 emergen trabajos cuyo interés es la historia de la educación colombiana como campo objeto de estudio, y en diferentes medios nacionales comienzan a circular publicaciones sobre la materia¹¹⁶. Documentos que para los propósitos de este trabajo permiten una primera aproximación y se convierten en insumo principal del presente balance. La intención es identificar qué se ha investigado y escrito sobre el tema, someter a análisis dichos documentos, para establecer un conocimiento crítico sobre la “Campaña de Cultura Aldeana”, confrontando en forma detallada las exposiciones de los historiadores, procurando establecer filiaciones, analizando la base documental de las interpretaciones más importantes y cuestionamientos circundantes a la Campaña, para así, intentar contribuir a un tema fundamental que marcó la historia cultural de Colombia en la primera mitad del pasado siglo y contribuyó a configurarnos como nación, gracias a algunas estrategias de educación popular, impulsadas desde el gobierno.

Con la Campaña, diseñada e implementada en la llamada República Liberal (1930 - 1946), se quiso reorganizar la sociedad, cuestionando la manera en la cual había venido funcionando hasta ese momento; dicho cuestionamiento se materializa con la puesta en marcha de proyectos que pretenden “poner a tono” la sociedad y que aspiraban a establecer un nuevo orden social, para alterar, de ese modo, la dinámica política y cultural de las poblaciones.

Uno de estos proyectos modernizadores para el periodo, fue la “Campaña de Cultura Aldeana”, puesta en marcha durante el gobierno de Alfonso López P., y cuyo gestor fue Luis López de Mesa; la idea central de la Campaña era que, acercando y colocando en contacto a la población rural del país con conocimientos propios de la cultura occidental, se elevaría el nivel cultural de la población; pretendiendo lograr con esto aumento de la producción en el país, cohesión política, cultural y territorial de la nación y sus habitantes en torno al gobierno, entre otros aspectos; con este proyecto, se pretendía instaurar una manera diferente de vivir, una forma de vivir “mas civilizada”.

En este marco y para el presente balance historiográfico, dadas las características del objeto de estudio y lo poco investigado que se encuentra el tema, se hace necesario, a través de los diferentes autores consultados, realizar un acercamiento al periodo en cuestión, que permita vislumbrar las tensiones del momento, el papel que los investigadores destacan

¹¹⁵ *Ibíd.*, p. 25.

¹¹⁶ Martha Cecilia Herrera. *Tendencias historiográficas de la educación en Colombia: aproximación al conocimiento histórico*. Universidad Pedagógica Nacional, Mimeo.

para la educación popular y rural, así como las características de la sociedad en general; ello permitirá mostrar los diferentes acercamientos a la Campaña y la manera como es analizado el contexto socio-cultural en el cual fue impulsada.

Para estos objetivos se tomará como referencia global las tres tendencias que Marha Cecilia Herrera propone en la historiografía educativa nacional. Para ella, la historiografía inicia sus primeras elaboraciones hacia las décadas del 1950 y 1960, marcada por el contexto histórico que caracterizó la sociedad en dicho periodo, signado entre otros aspectos por un reordenamiento de carácter internacional, por el crecimiento económico y el desarrollo industrial, por la violencia política y social, por la crisis de los partidos tradicionales, por expansión y diversificación de la educación y por el surgimiento de nuevos valores. Una segunda tendencia es posible ubicarla hacia el final de la década de 1970, en donde algunos trabajos, haciendo acopio de fuentes primarias, retomaron en buena parte los trabajos pioneros, lo que condujo a que “los resultados se quedaran, bien fuera en afirmaciones vagas y generales o en simples reiteraciones de los textos anteriores. En la tercera tendencia, emergen nuevos estudios que presentaron una mayor cualificación, abordando el objeto de estudio de una manera rigurosa, a la vez que construyen y utilizan series cuantitativas para la descripción global de ciertos fenómenos; esta última tendencia se apoya en la historia social y cultural y aborda nuevas temáticas con un amplio uso de fuentes documentales y con la preocupación de hacer elaboraciones historiográficas que posean mayor rigor¹¹⁷.

Para los autores ubicados en la primera tendencia de la historiografía nacional¹¹⁸, la Campaña de Cultura Aldeana, no es objeto sistemático de estudio, no se hace referencia específica al tema; no obstante, los diversos trabajos consultados coinciden que en los años 30 comenzaba un proceso de incorporación de nuevos elementos ideológicos en la cultura nacional.

Luis Antonio Bohórquez Casallas hace una somera referencia mencionando que

desde 1930 el sistema educativo cambió fundamentalmente. Se introdujeron monopolios estatales en la educación (...) Se retiró a las Comunidades Religiosas de la dirección de los establecimientos oficiales que el gobierno anterior les había confiado, se introdujeron métodos racionalistas en los planteles oficiales, y si bien es cierto que hubo algunas reformas acertadas, como la orientación de los maestros, los cursos de información, creación de Normales regulares y rurales, aumento de presupuesto, incremento del cine educativo, conciertos populares, bibliotecas aldeanas, etc., en todo ello iba impresa la tendencia de alejar la moral cristiana de la educación, lo cual contribuyó a que esas campañas no tuvieran el éxito y las resonancias indispensables para su continuidad¹¹⁹.

¹¹⁷ Martha Cecilia Herrera. Op. Cit., pp. 14 - 15.

¹¹⁸ En este primer momento de la historia de la educación en Colombia, Herrera aglutina, entre otros, los textos de Luis Bohórquez Casallas (*La evolución educativa en Colombia, 1956*), Julio Hoenisberg (*Las fronteras de los partidos en Colombia: historia y comentarios de la legislación escolar en la república desde 182 hasta 1953*), Alejandro Escobar Bernal (*La educación en la historia de Colombia, 1964*). De igual manera, es posible incluir a Epímaco Cabarico con su texto *Política Pedagógica de la nación colombiana*, editado en Bogotá en 1952 por la escuela tipográfica salesiana.

¹¹⁹ Luis Bohórquez Casallas. “*La evolución educativa en Colombia*”. Bogotá, 1956, p. 456.

El abordaje que el autor hace al periodo evidencia que subordina los hechos y la historia a las necesidades de la polémica ideológica; así mismo, atribuye el fracaso de las políticas educativas emprendidas en el periodo al abandono de las costumbres cristianas.

El trabajo de Bohórquez Casallas, en síntesis, destaca que a partir de 1930 se producen transformaciones en el sistema educativo colombiano, al querer el gobierno controlar el aparato educativo, pero no hace referencia específica a la Campaña de Cultura Aldeana en su totalidad. Sin embargo y de manera aislada, el autor menciona tres aspectos puntuales de ella, como son las bibliotecas aldeanas, la sección de arquitectura que pretendía “embellecer los locales escolares” y el incremento, por la época del cine educativo. El aporte a la comprensión del objeto de estudio es general y apenas nominativo en cada uno de estos aspectos y no permite encontrar mayores desarrollos. Este es un trabajo que presenta una perspectiva de historia tradicional y descriptiva, caracterizado por ser partidista y apologético, en donde la sucesión temporal adquiere la función de categoría histórica única; la obra está circunscrita a la legislación y a algunas características de la estructura económica. Es importante destacar el marcado sesgo político, evidenciado en el carácter partidista de sus comentarios, que pretende justificar los procesos y estimular la identificación con el partido conservador.

II

En un nuevo contexto social, en donde la caída de Rojas Pinilla en 1958 da paso a que las tensiones, que se habían expresado en lo que se ha denominado el periodo de “La violencia” en nuestro país, se reacomoden en torno a un grupo de intelectuales, contribuyendo a que se instaure un proceso modernizador, caracterizado políticamente por la alternancia en el poder de los partidos históricos colombianos y, producto a la vez de la influencia de nuevas conceptualizaciones teórico-metodológicas, en torno a la historia, influida por las más variadas corrientes de la cultura contemporánea y caracterizada por un manejo más crítico y riguroso de las fuentes, donde el panorama político-económico es analizado de manera más compleja e integrado a la trama legislativa, surge la segunda tendencia de la historiografía de la educación colombiana, en la década de los 70.¹²⁰

Entre los autores de este momento historiográfico y que hacen referencia a nuestro objeto de estudio están Alfredo Molano y César A. Vera¹²¹, quienes, utilizando algunas categorías del análisis propuesto por el marxismo, hacen una lectura de la realidad tomando como punto de partida la legislación que en el periodo se emitió y procuran correlacionar la evolución social y económica del país con el surgimiento de nuevas tendencias educativas.

En este trabajo, la Campaña de Cultura Aldeana es producto de “el primer gobierno de López Pumarejo que contó prácticamente con la hegemonía liberal en la rama legislativa, para emprender una serie de reformas institucionales de profundo significado para la modernización del país”¹²².

¹²⁰ Dentro de esta perspectiva se consideran autores como Jaime Jaramillo Uribe (*El proceso de la educación del virreinato a la época contemporánea*, 1980), Fernán González (*Educación y estado en la historia de Colombia*, 1978), Ivon Lebot (*Educación e ideología en Colombia*, 1979) y Alfredo Molano y César Vera.

¹²¹ Alfredo Molano, César Vera, *Evolución de la política educativa en el siglo XX*, UPN, 1984.

¹²² *Ibid.*, p. 51.

López Pumarejo llega al poder en el año de 1934, apoyado por un partido liberal unificado, del que no eran ajenas las tendencias socialistas y por los empresarios industriales que, fortalecidos por la crisis, presionaban una reforma institucional a fondo, al igual que por los exportadores, que necesitaban afianzar y desarrollar la economía cafetera así como abrir otros renglones de exportación. Los obreros, por su parte, buscaban una efectiva intervención del Estado que amparara sus demandas, así como los campesinos, que urgían el reconocimiento gremial de sus derechos laborales y el acceso a la tierra. Por otro lado, las clases medias, progresivamente estructuradas, exigían la legitimidad de su personería social y política. En este abigarrado conjunto de fuerzas, los autores señalan que López inicia su gestión en donde se “reflejaba el serio propósito del Estado de asumir la dirección de la educación y un nuevo paso para adecuar el sistema educativo a las transformaciones sociales y económicas que se desarrollaban y con las que el gobierno se hallaba íntimamente comprometido”¹²³.

El trabajo destaca que en este periodo la industria se mostrará singularmente vigorosa. Si en 1929 participaba en 9% del producto bruto nacional, en 1939 lo hacía con el 15%; si entre el 1925-29, se había contribuido con un 4% al crecimiento del producto interno bruto, entre el 29 y el 39 contribuyó con un 26%. De igual manera resalta que en 1939 existían en el país 4.467 empresas industriales, la mitad de las cuales habían sido fundadas entre 1930 y 1939, y 1.764 industrias fueron posteriores a 1935. La gran mayoría de este desarrollo industrial estaba centrado en la producción de bienes de consumo¹²⁴.

Así mismo el proceso de urbanización se vio acelerado por estos cambios y se impulsó notablemente en el periodo. Si en 1912 Barranquilla concentraba el 42% de la población departamental, en 1938 llegaba al 57%. Bogotá pasa del 7 al 16%, Cali 12 al 14% y, Medellín del 10 al 15%. El trabajo señala que un proceso de desarrollo de tal envergadura y velocidad hubiera inducido cambios en múltiples aspectos de la vida nacional¹²⁵ cambios que pueden resumirse así, la tensión que generaban los avances de la industrialización y del incremento en la demanda de alimentos e insumos de origen agrícola, a partir de los años 20, y el régimen servil tradicional compuesto por arrendatarios, aparceros y peones; la industrialización y la construcción de obras públicas que al atraer a miles de campesinos, mejoraba correlativamente su capacidad de negociación frente al terrateniente. Se comenzaron entonces a formar sindicatos y ligas agrarias que no sólo reivindicaban un mejoramiento sustancial en sus condiciones de trabajo, sino que reclamaban tierra, que como consecuencia de la inflación se había encarecido notablemente, y lanzaba a los terratenientes a la expropiación de baldíos y de terrenos precariamente titulados. Entretanto, en el sector urbano, la industrialización llevaba a la proletarización y al proceso de organización de las masas, en donde el gobierno acoge las demandas de la clase obrera y fomenta su organización.

De igual manera, los autores resaltan la tensión que en el periodo se produjo entre el Estado y la Iglesia por el control del sistema educativo, ya que,

para López, el proyecto de Estado estaba en relación con numerosas reformas económicas y sociales. La educación, por ejemplo, no tenía solamente una importancia humanista de acentos conmisericordiosos. La educación para él, y en general para el liberalismo en el poder era

¹²³ *Ibid.*, p. 76.

¹²⁴ *Op. Cit.*, p. 58.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 58.

adiestramiento técnico y autonomía ideológica frente a la Iglesia, objetivos que estaban íntimamente unidos. La lucha por una educación más positiva, más relacionada con la tecnología y con las nuevas fuentes de riqueza, abiertas por la industria, debía romper una concepción del mundo ordenada rígidamente por una fuerza superior que impedía toda intervención, toda transformación y todo salto¹²⁶.

Así López se propuso “emprender la campaña de la educación e instrucción popular subordinándola a todas las actividades del gobierno. Alfabetizar y educar era incorporar fuerza de trabajo al mercado, pero cualificándola y adecuándola a las exigencias del aparato productivo”.

Para los autores, esta intervención del Estado en la educación, además de generar conflictos con la Iglesia también generó tensiones con el partido conservador y produjo una alianza entre estos dos actores de la vida nacional, ya que

en esencia el partido liberal atacaba la substitución de la Iglesia por el Estado, en materia de educación, por cuanto la intervención estatal era identificada con un ataque a la libertad de enseñanza, al fuero que tenía derecho la Iglesia Católica, y en esta medida, las reformas que los liberales proponían eran análogas a la persecución religiosa en la cual liberales y comunistas devenían idénticos.

De manera puntual, con relación a la Campaña de Cultura Aldeana, este trabajo resalta el papel de Luis López de Mesa en la iniciativa y puesta en marcha del proyecto; señalan que,

en 1934, la Ley 12 reforma el Ministerio de Educación haciendo más técnica y racional su estructura autorizando al gobierno para organizar la Campaña de Cultura Aldeana y Rural, mediante los elementos educativos modernos, de la radiodifusión, el cinematógrafo, las bibliotecas, la designación de médicos, odontólogos y abogados, y la constitución, dotación y manutención técnica de una Comisión de Cultura Aldeana, compuesta por peritos en urbanismo, salubridad pública, agronomía y pedagogía, además de un relator literario o perito en sociología¹²⁷.

El Estado, de esta manera, evidenciaba sus intenciones de asumir la dirección de la educación y avanzaba un paso en la adecuación del sistema educativo a las transformaciones sociales y económicas que se estaban sucediendo y con las que el gobierno se hallaba comprometido. Para los autores el programa de Cultura Aldeana se enmarcaba en este contexto y señalan que fue el “primer intento de revolucionar la escuela rural poniéndola al servicio de un ideario liberal y de unas aspiraciones innegablemente populares”.

Destacan igualmente, que Luis López de Mesa, defiende ampliamente la iniciativa, ya que el objetivo era

“facilitar al campesino colombiano la mayor suma posible de bienestar material y de dignidad espiritual para que ame la vida que le cupo en suene, y la sirva con efectiva estimación y gratitud. Así mismo, el programa se proponía colocar en comunicación a la administración pública con las necesidades, sentimientos y opiniones del pueblo proletario, de donde saldría un inventario de nuestra nacionalidad. Una sociología de sólido fundamento experimental.

¹²⁶ Molano, *Op. Cit.*, p. 60.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 75.

Para cumplir estos objetivos el órgano ejecutivo del plan era la Comisión de Cultura Aldeana que se instalaría en cada departamento y que tomaría como unidad de trabajo los municipios que tuvieran de quinientos a cinco mil habitantes con un poblado como centro administrativo.

Gracias a las comisiones el gobierno emprendería las siguientes tareas: a) Elaboración de planes arquitectónicos para viviendas rurales. b) Embellecimiento de poblados. c) Construcción de la casa social como salón de reuniones, cinematógrafo, biblioteca y radio. Complementariamente la comisión invitaba a formar bandas de música, y prometía ayudar para el suministro de aparatos receptores de radio, para organizar el cinematógrafo y para crear una biblioteca modelo aldeana. d) Dotación para las aldeas que lo necesitaran de un puesto de salud atendido por un médico oficial y dotado de una botica. e) Provisión, donde fuera necesario, de un cargo de abogado para defender a los campesinos en sus derechos a la propiedad, al trabajo y a los desvalidos de los asaltos de la astucia dañina. f) Crear un comité nacional que estudiara los problemas de la tierra y sus implicaciones. g) Organización de escuelas aldeanas como institución vinculada a los intereses y capacidades del aldeano. En consecuencia, la Campaña esperaba que diferentes autoridades municipales se vincularan a los quehaceres de la escuela y trabajaran de manera especial en la formación de los nuevos ciudadanos y lograr que el “aldeano cuidara de su escuela como un templo; se necesitaba de esta manera que el párroco enseñara en forma anecdótica y biográfica la historia de la religión; el médico, instruyera en biología e higiene y, el alcalde, se encargara de la instrucción cívica y la historia de Colombia”. h) Divulgación de una cartilla para informar sobre las condiciones del vestido, la alimentación y las bebidas. i) Apoyar el deporte para que distraiga gratamente la imaginación y vigorice la salud de los aldeanos. j) Organización de comisiones locales de cultura aldeana que recorran las aldeas y enseñen a sus habitantes lo que deben hacer a fin de mejorar su nivel de vida, a la vez que estudie, sobre el terreno las reformas que deben implantarse en cada caso para, de este modo discreto, consumir la verdadera revolución social. Estas comisiones tendrían como tarea permanente el estudio de las características del país y de los grupos que lo pueblan, la investigación de las necesidades del “uno y de los otros”, para aconsejar los remedios inmediatos e informar al gobierno.¹²⁸

El trabajo de Molano y Vera señala que el programa recibió inmediatamente un amplio apoyo por parte del liberalismo. Pero también un rechazo categórico de socialistas y de conservadores, pues ellos consideraban que para el partido de gobierno la Cultura Aldeana era simplemente el cumplimiento de un compromiso adquirido con el pueblo para “establecer sobre las masas el tutelaje intelectual que las enderece por caminos de una fácil andadera”. Para los socialistas la democratización de la cultura que se proponía el programa, era utópico mientras no se democratizara la economía¹²⁹.

Los autores destacan como logros importantes de la Campaña, que los trabajos investigativos arrojados por ésta son el inicio de las investigaciones sociológicas en el país, que permitieron hacer un primer escrutinio serio y documentado sobre diversos aspectos de la realidad social colombiana, que hasta ese momento no se habían analizado, lo que permitió conocer una descarnada radiografía sobre la situación educativa del país. Igualmente, señalan que para López, la educación era un proceso destinado a transformar

¹²⁸ Molano, *Op. Cit.*, p. 76-77.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 77.

tanto al alumno como al profesor y por eso, parte esencial de la Cultura Aldeana era la investigación de las condiciones sociales de producción. Se contribuyó, señalan los autores, “a la conciencia que adquirió el país sobre múltiples problemas campesinos y su relación con la legislación agraria”. El propósito de transformar la estructura de producción agraria era un requisito indispensable para el desarrollo de la industrialización y para el equilibrio del sistema político. En este sentido, la Cultura Aldeana no se limitó a aceptar el problema campesino en las esferas del gobierno, sino que agitó esa problemática en el seno mismo de donde surgía, en el campo. La Cultura Aldeana, señalan los autores, guardó una íntima relación con el problema de la tierra y con el problema del poder político. Pero “no hay una consistencia entre el proyecto de Cultura Aldeana y la ley de tierras”. Terminan los autores destacando que el programa de Cultura Aldeana “fue el primer intento de revolucionar la escuela rural poniéndola al servicio de un ideario liberal y de unas aspiraciones innegablemente populares”.

Esta investigación señala como logros importantes de la Campaña, el haber resaltado en su momento el problema de la educación, al sacarla del aula y promover un mayor interés por las “formas cultas de trabajo”, además de promover “vastas campañas que se tradujeron en acciones del gobierno y nuevos hechos del gobierno”, en la medida que la Campaña y sus comisiones iban dando consejos sobre agricultura y temas relacionados con el campo. De igual forma, se destaca el hecho de que la Campaña halla arrojado una radiografía de la situación educativa del país y el haber iniciado un escrutinio sobre diversos aspectos de la realidad social de la nación.

Este trabajo aborda la Campaña de Cultura Aldeana con un marcado acento en lo legislativo, sugiriendo que las transformaciones sociales y culturales se logran en la medida en que se modifique la ley. Los autores destacan los logros y el papel modernizador del partido liberal en la educación colombiana, en abierta contraposición al papel que el partido conservador efectuó en este aspecto. El texto sugiere que, sólo hasta la tercera década del siglo es donde se instauran cambios en las políticas educativas, presentando la idea de desarrollo y modernización, de la mano de los liberales, mostrando un esquema mecánico entre políticas liberales y conservadoras.

El uso del tiempo en este trabajo también es lineal, pegado a los vaivenes políticos, no dando un ritmo especial al campo educativo sino subordinándolo a los aspectos económicos y políticos. Esta investigación comparte con la anterior el señalar la década del 30, como un periodo de transformaciones. Como logros importantes y a diferencia del de Bohórquez Casallas, señala que posibilitó el haber agitado el problema de la educación en escenarios públicos; así mismo, el haber dado inicio a la investigación del país por medio de las comisiones, dando la oportunidad de conocer concretamente las regiones.

Jaime Jaramillo Uribe señala que el movimiento de reforma tomó gran impulso con el cambio político de 1930¹³⁰. “Pero fue durante el innovador y progresista gobierno de Alfonso López (1934-1938) cuando el liberalismo trató de llevar al campo de la educación su voluntad de cambio. Todos los niveles del sistema educativo, la escuela primaria, la secundaria y normalista y la universitaria recibieron el impulso modernizador”¹³¹.

¹³⁰ Jaime Jaramillo Uribe. El proceso de la educación del virreinato a la época contemporánea, en: *Manual de historia de Colombia*, vol. 3. Colombia, Procultura, 1982, p. 285.

¹³¹ *Ibid.*, p. 286.

El autor señala que un aspecto destacado de las reformas promovidas por la administración López fue el de la educación rural. En donde en cada aldea había, además de las comisiones, una “casa social” y una biblioteca aldeana. Jaramillo Uribe destaca en su trabajo que el ministro López de Mesa, quien había vivido en Inglaterra y Estados Unidos, y admiraba el espíritu cívico y el tipo de vida rural anglosajón del Town norteamericano, invitaba a los ciudadanos a la iglesia y las autoridades locales a

embellecer sus poblados, cuidando el buen aspecto de la plaza y calles, así como la holgura interior y el agraciado frente de sus casas, de la formación de una avenida para el paseo, tan elemental como lo disponen las condiciones locales, pero atractiva en su necesaria sencillez, de un parquecito con algún boscaje, jardines, prados, campo de deporte, piscina de natación, kiosco de descanso, etc., donde los ciudadanos puedan gozar de sociedad y sanas distracciones.

Para Jaramillo Uribe el proyecto de fomento de la Cultura Aldeana no encontró mucha resonancia en las condiciones reales del campo colombiano, pues el “noble ensayo del ministro López de Mesa, infortunadamente, no tuvo continuidad y logró sólo modestos resultados”¹³². Sin embargo, el sucesor de López de Mesa en el Ministerio de Educación, Darío Echandía, continuó los esfuerzos en pro de la educación campesina, como un complemento de la reforma agraria que se había iniciado con la promulgación de la Ley 200 de 1936.

La Campaña, en manos de Echandía lanzaba la consigna de “Tierra y Cultura” como base de la política social agraria del partido de gobierno. Se destaca el nuevo elemento que se le suma a la campaña ya que “no basta alfabetizar”, decía, es “necesario darle la tierra al campesino, ni basta ponerlo en posesión de conocimientos elementales de ciencias agrícolas, ni suministrarle restaurantes escolares, maestros adecuados y servicios médicos, la reforma educativa y la reforma social deben estar íntimamente ligadas y la una sin la otra resultarían contraproducentes”.

Como logros de la campaña, Jaramillo destaca que en medio siglo de esfuerzo educativo la nación logró considerables progresos, pero ciertamente sin proporción a su crecimiento económico y demográfico. La tasa de analfabetismo de la población mayor de 7 años que hacia 1912 era superior a un 70%, en 1938 había bajado al 46.9%, y en 1951, al 43.9%. Semejantes cambios se observan si se considera la inversión pública en gastos de educación como proporción de los ingresos fiscales del Estado, que fueron fluctuantes entre el 6 y el 8% de los años 1912 a 1950. La inversión en educación fue inferior al 3% en la época de la gran depresión (1930-1934) y sólo en los años 40 y 41 sobrepasó el 9%¹³³. Pese a esta dificultad económica, el autor muestra que la reforma adelantada en la década de 1930-1940 “fue coherente con el espíritu reformista de los gobiernos liberales”. Sus promotores siguieron fieles a las ideas de libre examen, fe en la razón y poder libertador de la ciencia, que había sostenido el liberalismo desde sus orígenes en el siglo XIX; además, agregaron a la política educativa claras motivaciones económicas y sociales, ya que buscaba, en primer lugar adaptarla al proceso de desarrollo económico e industrialización que había tomado su impulso en 1922 con la administración de Pedro Nel Ospina, proceso que ahora entraba en una etapa mucho más dinámica, pues los reformadores de la década

¹³² *Op. Cit.*, p. 287.

¹³³ *Ibid* p. 288.

del 30 confiaban en la educación como “instrumento de cambio capaz de transformar la anacrónica estructura social del país y reemplazarla por una más igualitaria, más abierta y con mayores posibilidades de ascenso social”. Para Jaramillo, la Campaña a la postre intentó sólo una limitada reforma de tipo positivista en su contenido ideológico, que no alcanzó a resolver el problema básico de analfabetismo, ni a plantear y, menos a poner en práctica, el ideal de la escuela pública elemental, obligatoria y única para todas las clases sociales como base de la unidad nacional, algo que ya habían logrado las democracias europeas burguesas desde finales del siglo XIX¹³⁴. Sin embargo, esta Campaña contribuye, pese a los pocos recursos con que contó, a la reducción del analfabetismo.

También es importante, dentro de esta misma tendencia historiográfica, el trabajo de Fernán González, el cual señala que en el periodo comprendido entre 1934 y 1938 se produce

un intento de modernización de las estructuras económicas, sociales, culturales y políticas del país, en donde López Pumarejo, salido de los círculos bancarios y exportadores de café, representa al grupo moderno del partido liberal, más ligado al comercio, a la industria, a las finanzas, etc., que buscaba transformar al liberalismo y al estado colombiano en el intérprete de sus intereses y en un instrumento del desarrollo nacional (...) para lo cual, el partido de gobierno, plantea una reforma constitucional que busca, entre otras cosas, limitar el poder político de la Iglesia, y secularizar la vida política. (...) así el proyecto político de López, busca también, ampliar la participación de las masas populares mediante una reforma electoral y se apoya en la sindicalización de los trabajadores.

Todo ello se encaminaba a conseguir apoyo popular para las reformas¹³⁵.

Todos estos cambios sociales y económicos que llevan al gobierno de López a realizar las reformas, son explicados por González como la expresión de una crisis interna del sistema oligárquico dentro de las repercusiones de la crisis mundial, acompañadas del intento de surgimiento de una burguesía nacional. Esto repercute en una nueva orientación educativa que se caracterizaba, en ese entonces, por ser elitista y discriminatoria. La nueva orientación se expresa en la necesidad de impulsar la educación popular y la preocupación por la erradicación del analfabetismo, como una de las condiciones para la integración nacional. En esta nueva situación influyen dos factores. La creciente urbanización, con la aparición de un proletariado industrial y un ejército de reserva cada vez más numeroso. De ahí la necesidad de una alfabetización masiva de sectores urbanos y rurales (migrantes de hecho o potenciales). Y segundo, la necesidad de integrar el campo a la sociedad nacional, ya que hacía falta la ampliación del mercado interno, además del incremento de la productividad agrícola por medio de técnicas modernas. Era necesario, entonces, la alfabetización del proletariado agrícola, de ahí el énfasis del liberalismo en la educación rural con la creación de normales rurales en 1934 por la Ley del 17 de diciembre y la enseñanza vocacional agrícola para buscar la tecnificación de la educación rural y de la producción agrícola¹³⁶ en esta lógica se insiste, en el periodo, en la programación de la educación aldeana por medio del radio, cine y bibliotecas populares¹³⁷.

¹³⁴ *Op. Cit.*, p. 288.

¹³⁵ Fernán González, *Educación y estado en la historia de Colombia*, Cinep, 1978, p. 81.

¹³⁶ *Ibid* p. 86.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 90.

González explica que la política va de la mano de las promesas y está siempre muy por debajo de las metas, señala que hay inconsistencias entre los ambiciosos proyectos y el poco dinero destinado a ellos, pues las curvas de gastos del Ministerio de Educación tienen una caída vertical como consecuencia de la crisis mundial que obliga a la reducción del gasto público; de esta manera relaciona, que mientras en 1928-29 la partida destinada a educación es de siete millones de pesos, ésta se baja a millón doscientos entre 1932-38. Consecuentemente hay una reducción del presupuesto educativo. Del 8.6% en 1933 se desciende al 2% en 1934/36, periodo en el cual se implementó la Campaña.

González, a diferencia de lo señalado por Molano y Vera, plantea que lo único efectivo en esta materia fue el impulso dado por el Fondo de Fomento Municipal (organismo del gobierno central, creado en 1938) a la construcción de escuelas, que produjo un real, aunque limitado, aumento de las escuelas rurales entre 1940 y 1945. De resto, el gobierno nacional se reduce sólo a los tradicionales suministros de útiles, los restaurantes escolares que, creados en Boyacá en 1925 por Rafael Bernal Jiménez, se extienden por todo el país y funcionan desde 1936 a cargo de la nación. De igual manera subraya que se emprendieron acciones tendientes a redefinir las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales del país, encaminadas a ajustar dichas estructuras a las nuevas realidades que se estaban configurando en el periodo, pero que las aspiraciones estuvieron por encima de las posibilidades reales.

Para Ivon Lebot¹³⁸, hacia 1930, el sistema educativo colombiano también se ve afectado por la

crisis interna del sistema oligárquico de los últimos años de la década del 20, las repercusiones en Colombia de la crisis mundial del capitalismo y el surgimiento, en cierta medida, de una burguesía nacional. Lo cual lleva a la impugnación de las formas más tradicionales de la estructura social y de las superestructuras; debido esto, entre otras cosas, al fracaso de las reformas del siglo XIX y al triunfo de la reacción clerical e hispanizante durante el periodo 1886-1930.

Por lo tanto, la educación, por la época, está todavía dominada por rasgos heredados de los siglos XVII y XVIII.

De esta manera, la forma principal que tomaría el rechazo al sistema de educación tradicional, elitista y discriminatorio, por la burguesía liberal será la proclamación de la necesidad de una educación popular y la preocupación por acabar con el analfabetismo a condición de una integración nacional que esa burguesía considera realizar como su misión. Son dos factores los que hacen de dicha misión el interés de la nueva clase en ascenso. Por un lado, los acelerados procesos de urbanización y de formación de un proletariado industrial, que requiere la alfabetización de sectores cada vez más amplios de la población nacional —sectores urbanos pero también sectores rurales de migrantes potenciales—. Por otro lado, la necesidad de integrar el campo a la sociedad nacional (tarea que no es posible sin una educación rural básica que no sea una sub-educación con solamente uno o dos años de estudio, incapaz de sacar a las poblaciones rurales de su analfabetismo), y que se inscribe dentro del proyecto de ampliación del mercado interno e incremento de las exportaciones. Para que se desarrolle una agricultura exportadora se necesita un incremento de la productividad agrícola, que necesita de la formación e instrucción de un proletariado

¹³⁸ Ivon Lebot, *Educación e ideología en Colombia*. Medellín, La carreta, 1979.

agrícola alfabetizado y capacitado. De ahí el realineamiento de la primaria rural sobre la primaria urbana, la creación de normales rurales y la creación de la enseñanza vocacional agrícola¹³⁹.

De manera puntual, el libro no hace referencia a ninguno de los aspectos de la Campaña de Cultura Aldeana, solamente menciona que las disposiciones sobre educación rural llevó a tomar algunas medidas relativas a los restaurantes escolares y a la higiene escolar, lo cual, en este aspecto, revela un proyecto con cierta coherencia, pero este no llegó a ser un plan sistemático y menos aún concretizarse en una reforma efectiva del sistema educativo. De esta manera la política aplicada permaneció durante todo el periodo por debajo de las promesas y metas proclamadas. Los gastos del Ministerio de Educación lejos de aumentar sufren una caída radical en los primeros años de la década del 30. En general, los liberales en el poder no contaron con los medios para realizar las reformas que anunciaban.

Lebot comparte con los anteriores trabajos el hecho de mostrar el periodo como un momento de reajustes, en donde se instauran procesos de cambio liderados por el gobierno. De igual manera, evidencia la necesidad en el gobierno de alfabetizar al campesino para integrarlo a la nación y brindarle conocimientos técnicos para que se desempeñe mejor en las nuevas realidades.

III

En la década de los 80 se produce una cualificación significativa en los trabajos sobre historia de la educación, al salir a la luz investigaciones en donde el manejo de las fuentes se realiza de manera más crítica y se comienzan a inspeccionar nuevas fuentes y archivos, lo cual señala un avance en el intento de conformar una comunidad académica en torno al tema.

En este nuevo contexto historiográfico, es muy destacada la investigación de Aline Helg, quien presentó un trabajo pionero en nuestro país por el manejo novedoso del tema, así como por la gran documentación que aportó su investigación¹⁴⁰. Aline Helg, historiadora de origen suizo, apoyada en una extensa revisión de fuentes primarias, publica en el año de 1984 *Civiliser le peuple et former les élites. L'éducation en Colombie 1918— 1957*, versión que aparece tres años después en español con el título de *La educación en Colombia 1918 — 1957*. Una historia social, económica y política, trabajo que se convierte rápidamente en fuente de consulta y referencia obligada para legos y expertos en el tema y que algunos estudiosos de la materia señalan como “el primer tratamiento integral y serio de un tema usualmente muy mal tratado”.

El trabajo, además de las fuentes orales, recoge información de prensa, revistas del periodo, documentos oficiales, memorias de ministros, fuentes estadísticas, censos nacionales, fuentes eclesiásticas, etc., señalando de alguna manera archivos importantes para futuras investigaciones sobre el tema; la obra en general se refiere a 40 años de la

¹³⁹ *Op. Cit.*, p. 20.

¹⁴⁰ En este tercer momento de la historiografía de la educación colombiana se destaca, además del trabajo de Aline Helg, las investigaciones de Renán Silva (*Universidad y sociedad, en el nuevo reino de granada*, 1992), Diana Soto (*Mutis, filósofo e historiador*), Martha Cecilia Herrera y Carlos Low (*los intelectuales y el despertar del siglo, el caso de la Escuela Normal Superior, una historia reciente y olvidada*. 1994), Frank Safford (*El ideal de lo práctico*, 1989), Martha Cecilia Herrera (*Modernización y escuela nueva en Colombia*, 1999).

historia de la educación colombiana y se concentra en los niveles de primaria y secundaria de la enseñanza pública y privada, excluyendo la formación universitaria, la enseñanza impartida por los institutos militares y la preparación al sacerdocio en los seminarios de la Iglesia Católica. El tiempo de la educación, en esta investigación, presenta un devenir propio, no pegado a los ritmos políticos como se ha mostrado en los trabajos señalados anteriormente; por el contrario, ella divide el desarrollo de la educación primaria y secundaria colombiana en el siglo XX en cuatro fases que corresponden a cuatro orientaciones diferentes de la política educativa, entre el 1918 — 1924 la aplicación lenta y parcial de la legislación escolar emitida en 1903 y 1904. Entre 1924 y 1934 la iniciación del proceso de reforma educativa. Entre el 1934 y 1938 “la revolución en marcha” y su tentativa de integración nacional por medio de la educación y, entre 1938 y 1957 las repercusiones de las transformaciones demográficas y socio-económicas en la educación. Aunque estas fases no concuerdan con la historia política ni tampoco con las etapas de crecimiento económico, se evidencia en el trabajo que estos elementos influyen constantemente en los centros de decisión del sistema escolar y tienen repercusiones en aspectos concretos de la escuela.

Para ella, la voluntad de aprehender la realidad nacional fue una de las grandes originalidades del pensamiento político de López. En los años 30 los ingresos de la élite mejoraron con la apertura de nuevas fábricas, la extensión del comercio y los transportes, el aumento de las funciones del Estado central y de los departamentos. Así mismo, las clases medias crecieron: gerentes técnicos, funcionarios, contadores y pequeños empleados comenzaron a tener importancia en la sociedad. Pero los peones y pequeños campesinos no fueron favorecidos por este proceso a pesar de que el desarrollo de la economía capitalista exigía la constitución de un mercado nacional y el aumento del consumo. En consonancia con esto, el gobierno en manos de López proponía un vasto programa de integración territorial y social que contemplaba la distribución de tierras periféricas no cultivadas a los campesinos, el aumento de la capacidad de consumo y de producción de las clases trabajadoras, la integración de la mujer a la economía y la modernización de todos los sectores económicos.

Esta integración, en el espíritu de López, significaba también que los colombianos debían redescubrir y reconquistar su país, perder su complejo de inferioridad y encontrar una identidad nacional. Para tal efecto se requería de un programa general de modernización y de integración nacional. Para ello la educación, diversificada y especializada en sus formaciones ofrecidas por el sistema escolar efectuaría un papel primordial para permitir la explotación racional del país.

La historiadora suiza destaca el papel de Luis López de Mesa, que siendo Ministro de Educación, impulsa la creación de dos nuevas secciones en su ministerio, una sección encargada de la enseñanza femenina y otra que se ocuparía de la educación física, mostrando con esto el protagonismo en el proceso modernizador de las élites colombianas. Pero la gran innovación en esta época, resalta la autora, fue la creación mediante la Ley 12 de 1934, del Secretariado de la Comisión de Cultura Aldeana y Rural, que debería ocuparse de la integración campesina.

Helg afirma que para el despliegue de la Campaña, el gobierno comenzaría por enviar una comisión nacional aldeana y rural para realizar encuestas en los departamentos. Dicha comisión debía estar conformada por cinco expertos en urbanismo, salud pública, agronomía, pedagogía y sociología respectivamente; esta comisión estudiaría las posibilidades de desarrollo de cada departamento, en particular sus necesidades educativas.

En este objetivo la escuela desempeñaría un papel central, ella sería el centro de la acción gubernamental “tendiente a mejorar las condiciones de vida del campesinado”. Por lo tanto, el cura, el médico y el alcalde darían en la escuela comunal conferencias a los alumnos y los adultos sobre religión, higiene, salud e instrucción cívica, con el objeto de “desarrollar la vida de la aldea, sacar a los campesinos de su pobreza cultural y ofrecerles la posibilidad de encontrar otras ocasiones culturales diferentes al mercado y la misa”.

Para la consecución de los objetivos planteados por la Campaña, el ministerio proponía la creación de un orfeón¹⁴¹, la compra de un receptor de radio y de un proyector de cine, lo cual permitiría organizar fiestas y contribuir a romper el aislamiento de las zonas rurales¹⁴².

La otra estrategia que desde la Campaña de Cultura Aldeana se impulsó fue la de las bibliotecas. “La Comisión de Cultura Aldeana preparó, para dotarlas, una serie de publicaciones. Cerca de 100 obras de escritores y poetas nacionales y extranjeros aparecieron entre 1935 y 1936. Libros más prácticos destinados al magisterio, a los médicos de la aldea, a las élites locales susceptibles de actuar sobre las comunidades rurales, completaron la colección”. De igual forma, señala la investigadora, que por esta época la edición y la lectura se desarrollaron en Colombia. “Nuevos periódicos salieron y la distribución mejoró”. El número de lectores de la Biblioteca Nacional pasó de 32.682 en 1931 a 127.871 en 1935. En los municipios también se leía más y se organizaron bibliotecas; en 1936, el Ministerio de Educación censó 674 bibliotecas a través el país, con un total de 95.462 volúmenes y la primera presentación del cine tuvo lugar el 7 de agosto de 1936, día de fiesta nacional en el Parque Municipal de Bogotá, lo que muestra los límites del radio de acción del Ministerio de Educación¹⁴³.

Concluye Helg su referencia al tema de la Campaña de Cultura Aldeana, haciendo hincapié que ésta no duró sino seis meses y presentó como logros dos estudios sobre los departamentos de Huila y Nariño, en donde por primera vez se hicieron investigaciones socio-económicas sobre las regiones de Colombia, pues el poco tiempo no permitió dar el impulso a una Cultura Aldeana verdaderamente.

A diferencia de los anteriores trabajos presentados, que centran su análisis en la estructura política y económica y su relación con la educación, Helg resalta la importancia de las élites en la configuración cultural del país, mostrando cómo desde las altas esferas de la sociedad se diseñan programas ambiciosos que en ocasiones no se desarrollan debido al diferente ritmo con el que son recibidos por la clase popular. Este es un eje metodológico central en la investigación, en el cual las élites son las encargadas de impulsar el desarrollo del país; en este sentido el trabajo muestra el papel protagónico de Luis López de Mesa en la puesta en marcha de la Campaña y además se destaca el hecho, de ser el primer intento investigativo, por medio de las comisiones, que se llevó a cabo en el país, así como el haber contribuido, gracias a las bibliotecas, al aumento del número de lectores en nuestro país.

En este mismo marco historiográfico, en donde la educación es considerada “como parte esencial de las redes que tejen la historia de la cultura en una sociedad y donde ella se constituye en uno de los vehículos de transmisión y conservación del bagaje cultural de los

¹⁴¹ Banda musical.

¹⁴² *Op. Cit.*, p. 153.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 154.

pueblos, que se asimila a través de complejos procesos de socialización” aparecen varios trabajos desde una perspectiva socio-cultural¹⁴⁴.

Para Martha Cecilia Herrera

La Campaña de Cultura Aldeana, iniciada en 1934 bajo el ministerio de Luis López de Mesa, representó un esfuerzo por dar atención a los sectores populares y específicamente a los ubicados en la zona rural por medio de la educación. Allí se recogieron las experiencias mexicana y española sobre educación popular y se dio impulso a los restaurantes y roperos escolares, la dotación de bibliotecas, a los maestros ambulantes y a las misiones culturales¹⁴⁵.

Señala, que la Campaña de Cultura Aldeana es producto de la entrada al país de nuevos discursos en el campo de lo social y cultural, posibilitando con esto poner en cuestión la interpretación que hasta ese momento se hacía de la realidad nacional, interpretando de manera diferente el hasta entonces determinismo biológico y geográfico con que se veía al pueblo¹⁴⁶.

Un elemento nuevo e importante señalado por Herrera es que en el periodo hay una necesidad de ampliar la cobertura educativa en todos los sectores de la población, inspirado en el proyecto político de la modernización, en donde la educación era concebida como condición necesaria para la conquista de la democracia, considerada como base del progreso social¹⁴⁷.

Se destaca en este trabajo que López Pumarejo le imprimió al Ministerio de Educación una fuerza particular en el periodo a su cargo, caracterizado por una voluntad estatal de racionalización, control y centralización del sistema educativo colombiano. Por lo tanto, a “través del Ministerio el Estado, al igual que en otras órbitas de lo social, debía tener una presencia mayor”. Así mismo, como parte del propósito de integrar la población campesina a los nuevos patrones de modernización, que se estaban gestando en el periodo, la autora resalta el papel realizado por Luis López de Mesa, llevando a cabo la Campaña de Cultura Aldeana, en donde a través de ella se pretendió la difusión de nuevos hábitos y costumbres relacionados con principios de higiene, estética, alimentación y nutrición, así como la inculcación de nuevos patrones de consumo y de nociones básicas de civismo apoyados en los modelos de vida urbana¹⁴⁸.

La investigadora comparte con Helg, que uno de los aspectos centrales de la campaña era el investigar concretamente acerca de la realidad nacional, para conocerla realmente, por lo tanto la investigación era un eje fundamental en ésta. Esto le permitiría al Estado “conocer sobre qué terreno y bajo qué condiciones trazar los planes de acción”.

En estos trabajos se señala, que bajo el decreto 1456 de 1936 se pretendía alfabetizar la población rural que no asistía a la escuela, pero que sus logros fueron limitados, “la

¹⁴⁴ Martha Cecilia Herrera C — Carlos Low, *Los intelectuales y el despertar cultural del siglo: el caso de la Escuela Normal Superior*, Bogotá 1930-1951, Bogotá: Imprenta Nacional, 1994, p. 11.

¹⁴⁵ Martha Cecilia Herrera, *Modernización y escuela nueva en Colombia*. Bogotá: Plaza & Janés, 1999, p. 160.

¹⁴⁶ Martha Cecilia Herrera, *La república Liberal y la modernización de la educación*. 1930- 1946. Tesis de grado para optar el título de Magíster en historia. Universidad Nacional de Colombia. 1988.

¹⁴⁷ Martha Cecilia Herrera, *Modernización...* p. 158.

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 160.

Campaña no fue sistemática y los recursos materiales y humanos que se le asignaron fueron esporádicos e ínfimos¹⁴⁹. Para la autora, este programa preveía también la elaboración de planos arquitectónicos por parte del ministerio, con el fin de embellecer los locales escolares y desarrollar el sentido estético del pueblo, ya que en López de Mesa era clara la idea que la transformación de la mentalidad aldeana pasaba, también, por el reordenamiento urbanístico del poblado, así como la creación de bibliotecas aldeanas.

Un aporte importante, en el objeto de estudio de esta investigación, es el señalar que estas bibliotecas fueron dotadas de cuatro series constituidas por obras de divulgación e información: a) La colección de cartillas técnicas nacionales y extranjeras. b) La colección de literatura universal. c) La selección Samper Ortega, de literatura colombiana. d) La cuarta serie no estaba muy bien concebida, se dispuso que estaría compuesta de obras aisladas cuya publicación considerara importante el ministerio¹⁵⁰. En donde esta labor de edición y fomento de los hábitos de lectura es un fenómeno importante del periodo, y lo comparte con otros investigadores del tema, ya que es un indicador del esfuerzo por crear una opinión nacional a través de la palabra escrita.

Estos trabajos, además de involucrar elementos nuevos al análisis de la Campaña, consideran el fenómeno educativo como parte esencial del proceso de constitución del individuo y aquel que garantiza la transmisión cultural de los pueblos en la modernidad, en donde a la luz de los nuevos modelos culturales, se formularon otros ideales de formación, señalando a la educación como aquella institución que debía moldear un prototipo de hombre acorde con las nuevas sociedades, en las que ahora imperan las necesidades de producción y la formación de individuos económicamente útiles. De esta manera, las investigaciones ya no solamente registran el acontecer político y la legislación emitida para lo educativo, sino que también se comienzan a preguntar por el tipo de representaciones que se han construido en torno a la sociedad, la nación, el pueblo, etc., registrando además, el impacto de nuevas formas de socialización, como lo son el cine y la radio, elementos que en el periodo de nuestro interés incursionaron con fuerza en la sociedad colombiana.

IV

Simultáneamente a este esfuerzo investigativo, surge en la misma década del SO una corriente historiográfica que, utilizando el marco conceptual propuesto por M. Foucault, pretende hacer una reflexión sobre lo educativo, realizando un análisis del conjunto de discursos que componen el saber pedagógico; en este sentido consideran que realizar una historia de la pedagogía es reconstruir la formación de los conceptos, nociones, objetos, prácticas y problemáticas que articulados en discursos le confieren individualidad e identidad a ésta como campo de conocimiento¹⁵¹.

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 144.

¹⁵⁰ *Op. Cit.*, p. 145.

¹⁵¹ En esta perspectiva es posible anotar los trabajos de Olga Lucía Zuluaga (el maestro y el saber pedagógico en Colombia), Humberto Quiceno (pedagogía católica y escuela activa en Colombia), Alberto Echeverry (proceso de constitución de la instrucción pública, 1821-1957), Alberto Martínez Boon, Carlos Noguera y Orlando Castro (Crónica del desarraigo), desde el proyecto de la "historia de las prácticas pedagógicas" realizado conjuntamente por cuatro universidades. En el marco de esta perspectiva metodológica se encuentran los trabajos de Alejandro Álvarez (...y la escuela se hizo necesaria) y Javier Sáez, Óscar Saldarriaga y Armando Ospina (Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946).

En este marco y con respecto a la Campaña de Cultura Aldeana, Saéñz, Saldarriaga y Ospina¹⁵², señalan que desde el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo la educación empezó a ser entendida y realizada en función de objetivos políticos del Estado, a partir de los cuales se buscó mantener su coherencia y armonía como totalidad. Esta concepción de unidad entre instituciones y actividades del Estado condujo necesariamente hacia la centralización, pero fundamentalmente hacia la nacionalización de ciertos problemas. El derecho, la economía, la educación, la higiene, la política nacional y la internacional debían obedecer a un mismo programa, llevar un mismo sentido y expresar una concepción unitaria de la nacionalidad¹⁵³.

Apuntan los autores, en este mismo sentido, que esta nacionalización tenía como uno de sus objetivos la creación de una conciencia colectiva sobre los problemas que afrontaba la población rural, en relación con lo cual asuntos como el analfabetismo comenzaron a ser definidos por el Estado en función de sus grandes propósitos políticos y a ser concebidos como obstáculos, no sólo para el desarrollo de la economía, sino también para el ejercicio político de los derechos ciudadanos.

El gobierno para esta época articula la dispersión de las distintas esferas de la educación pública. Así el presidente López logra alinear estos elementos a partir de una política social y educativa de habilitación de las masas para la actividad económica y social, con un horizonte inequívoco de vinculación de la población de la masa al mercado, la producción, la política y la cultura moderna y de gobierno de los pobres por medio de la asistencia social y la democratización de la vida nacional. El fin primordial de la educación y escuela, “deja de ser el desarrollo de conocimientos, ahora el énfasis se coloca en el desarrollo de nuevos hábitos: de ahorro, de trabajo, de cooperación social, de participación política, tanto en la infancia como en los adultos pobres de las zonas rurales”. De esta manera una de las preocupaciones educativas de los gobiernos liberales entre 1935 y 1946 tuvo un objetivo claro: la población rural marginada de los procesos de modernización del país, con unos fines económicos, políticos, culturales y sociales, que intentaban remover los obstáculos existentes para integrar la masa campesina a la vida moderna.

La concepción de cultura, que hasta el momento imperaba, comienza a ser discutida por los intelectuales en el poder. Explican los autores que “a mediados de los años 30 el saber antropológico era algo nuevo para los intelectuales reformadores”. Así, López de Mesa, ministro del primer gobierno de López, formuló el concepto de cultura como el conjunto de hipótesis con que un pueblo en determinado estado mental interpreta el mundo, esta formulación le bastó para diseñar el programa de Cultura Aldeana, una de las estrategias más ambiciosas de transformación de la vida rural que se haya visto en Colombia, el cual tuvo como fin el logro de una revolución radical en la forma de interpretar el mundo de los pobladores rurales del país; iniciándose con esto una nueva etapa en las políticas educativas liberales, caracterizadas hasta ese entonces por las descripciones sociobiológicas de una raza degenerada, ubicando, novedosamente, la problemática del pueblo en el terreno de lo social, lo económico, lo cultural y lo político¹⁵⁴.

¹⁵² Javier Saéñz, Óscar Saldarriaga, Óscar Ospina. *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*. Colciencias. Ediciones Foro Nacional por Colombia. Ediciones Uniandes. Editorial Universidad de Antioquia/Clio, 1996.

¹⁵³ *Ibid.*, pp. 267-268.

¹⁵⁴ *Op. Cit.*, p. 286.

La Campaña de Cultura Aldeana, en este sentido, se inscribiría en una discontinuidad, al señalar que hasta 1934 las relaciones de fuerza provenientes de la práctica política son imperceptibles, ya que las polémicas partidistas sobre la educación eran casi nulas, “predominaba la idea de que la pedagogía y la educación pública debían permanecer por fuera de las discusiones de carácter partidista”. Sólo a partir de 1934 se evidencia una clara tendencia a articular la educación con los intereses políticos y partidistas, situación que los autores resaltan y sitúan como una conveniencia política en coherencia con la pedagogía. Los fines globales: económicos, políticos, culturales, sociales, del partido de gobierno deberían articularse con los objetivos educativos y pedagógicos.

Así, a partir de 1935 la educación pública adquiere una nueva dinámica, en primer lugar, la dispersión de las distintas esferas de la educación pública, que caracterizó el periodo de 1903 hasta 1934, da paso a una mayor articulación entre ellas. López marca esta nueva situación, gracias a su Campaña de Cultura Aldeana y su objetivo de vincular a las masas en la actividad económica y social, procurando la vinculación del grueso de la población al mercado, la producción, la política y la cultura moderna, la urbana.

Desde esta perspectiva, señalan los investigadores que para el Estado, en la época de nuestro interés, le era fundamental resolver los siguientes interrogantes sobre el problema educativo, ¿cómo integrar el territorio para que todos los hombres, los lugares, las instituciones, reconocieran el poder central? ¿Cómo anular los poderes locales en aras del poder central? ¿cómo llevar la ley a los hombres para formar ciudadanos y para crear una nación? Interrogantes que se pretendió resolver con la Campaña de Cultura Aldeana, tomando la población y el territorio para saber hacia dónde dirigir el poder del Estado. “De la población, se habría de tomar al individuo como ciudadano y del territorio el espacio como nación”.

Otra característica que este trabajo de investigación resalta, es que hacia el periodo de 1935, pierden importancia los debates teóricos sobre la pedagogía. A partir de esta fecha el debate conceptual se ve relegado por la politización de la polémica sobre los fines de la educación pública. Desde este momento la fundamentación pedagógica del discurso estatal se centra en los problemas económicos, sociales y políticos del pueblo con un marcado énfasis en los saberes sociales y políticos de la educación y especialmente sobre el papel de la escuela en la democratización de la sociedad y la cultura, convirtiéndose esto en el nuevo referente de campañas de educación, formación de maestros, de los programas de primaria, etc.

Así, los investigadores plantean que “el programa de Cultura Aldeana fue una política ambiciosísima y multifacética que abarcaba más que preocupaciones pedagógicas y escolares. Constituía un “plan de progreso”, dirigido a municipios o corregimientos que tuvieran entre quinientos y cinco mil habitantes, el cual retomó tanto las concepciones biologicistas y las propuestas médicas de la defensa de la raza, como las nuevas concepciones antropológicas y el discurso de gobierno de López sobre los fines culturales de la educación pública”. De la misma manera señalan los autores, que la corta duración de López de Mesa como ministro, así como el cambio de rumbo de las políticas educativas referidas para la población rural después de su retiro, las cuales se centraron en los problemas políticos y económicos del campesinado, más que en las transformaciones culturales y médicas que aquel había priorizado, no permitieron un mayor arraigo de sus

ideas¹⁵⁵. Se destacan, finalmente, tres acciones fundamentales como logros de la Campaña de Cultura Aldeana: la conformación de dos comisiones de Cultura Aldeana, que realizaron estudios en Nariño y en el Huila, la distribución de la Biblioteca de Cultura Aldeana de Colombia en las escuelas y el establecimiento de las normales rurales.

Gonzalo Cataño, en un trabajo publicado en 1989, destaca que el Estado colombiano ha mostrado interés por la investigación educativa como instrumento de política social, promoviendo oficinas de investigación en el Ministerio de Educación; señala de igual manera, que la Campaña es el esfuerzo más notable de la época por alcanzar un conocimiento de la educación rural, cuyo objetivo era adelantar una serie de estudios “sobre terreno” para guiar las decisiones del Estado en “en el manejo de los negocios provinciales”. De esta Campaña surgieron las monografías sobre los departamentos de Huila y Nariño, que recogen las observaciones que los responsables de las comisiones hicieron, destacando la situación crítica de los planteles (carencia de materiales didácticos, indigencia de los niños y la ausencia de personal docente con calificación pedagógica)¹⁵⁶.

De igual manera, esta vez desde una perspectiva de historia de las ideas y tomando un marco de referencia sociológico, Gonzalo Cataño¹⁵⁷, coloca de manera especial, el énfasis en los “ambientes”, en los contextos sociales e intelectuales que rodearon la actividad de López de Mesa. Cataño hace una semblanza, del ministro, donde destaca que López de Mesa desde la década anterior ya tenía nociones claras de los elementos que debería tener la Campaña. En efecto, desde cuando escribió su libro la civilización contemporánea él hacía un diagnóstico de la situación del país, centrado en las particularidades de la modernidad y su elemento característico “la inestabilidad de la vida que nos lleva de un punto a otro”. Para esto, López de Mesa, proponía “llevar los avances de la civilización contemporánea a los países Latino Americanos, pero evitando las tragedias de los cambios bruscos”. López de Mesa veía la necesidad de transformaciones lentas que guardaran el ritmo de la evolución social, para lo cual se requeriría una revolución, con absoluto predominio de la acción moral sin una gota de sangre; por lo tanto se requiere persuadir el cambio, esto “se podría emprender a través de la prensa, el parlamento, la universidad, el cinematógrafo y el arte, que a su juicio suscitaba el instinto de imitación del ciudadano de la era moderna”¹⁵⁸. Este trabajo resalta el valor de López de Mesa como intelectual, en la medida en que él encarna una forma de pensamiento que se pone en marcha y es el encargado de conferirle sentido a las acciones, que desde el gobierno se emprendieron, pues con su particular forma de concebir la realidad e investido del poder necesario llevó a cabo la Campaña.

Zandra Pedraza, desde una perspectiva antropológica y haciendo un trabajo sobre el cuerpo¹⁵⁹, sen ala que en los años 30 el discurso sobre la educación popular brillaba bajo la luz de la higiene social. El gobierno de López Pumarejo y su ministro de educación López de Mesa, renueva esfuerzos por la escuela rural con la Campaña de Cultura Aldeana, cuyo cometido era propiciar una nueva forma de sensibilidad. Por eso, el presidente López sostenía que era necesario establecer una educación nacional, de amplia cobertura que posibilitase una “reconstrucción social”. Esta preocupación por lo educativo se materializó en los esfuerzos por activar la escuela rural y propiciar “una nueva manera de vivir y de sentir la

¹⁵⁵ Saénz, *Op. Cit.*, p. 301.

¹⁵⁶ Gonzalo Cataño, *Educación y estructura social*, Bogotá: Plaza & Janés. 1989, pp. 178 — 179.

¹⁵⁷ Gonzalo Cataño. *Historia, sociología y política*. Bogotá: Plaza & Janés, 1999.

¹⁵⁸ *Op. Cit.*, p. 122.

¹⁵⁹ Zandra Pedraza Gómez, *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*, Bogotá: Corcas, 1999.

vida de la aldea, más acorde con los principios de la higiene y de la estética” porque la vida de la aldea “más tranquila, más barata, más íntima, debía volverse también, más abierta, más animada, más confortable, más digna de vivirla”. El interés por el cuerpo lleva a esta investigadora a mostrar cómo la Campaña contribuyó de manera especial en la configuración de una sensibilidad y sociabilidad particular acorde con las exigencias de la época.

V

Al hacer un balance parcial, los diferentes autores consultados coinciden al enmarcar la Campaña de Cultura Aldeana, dentro de las políticas educativas del periodo y como un esfuerzo importante en la redefinición del panorama social y cultural del país; en este sentido, todos reconocen la década del 30 como un periodo de grandes transformaciones educativas y, por lo tanto, de transición en muchos de los aspectos de la vida nacional, impulsados por la incorporación de nuevos elementos ideológicos en el ambiente cultural nacional.

De igual manera, coinciden al destacar a López Pumarejo como un personaje importante dentro del proceso modernizador del país y particularmente en la idea de vincular el sector rural a la dinámica del capitalismo que, junto con Luis López de Mesa, diseñaron importantes estrategias para colocar a tono las estructuras administrativas del Estado y difundir un ideario político en la población, así como en la difusión de nuevas pautas de comportamiento social y de consumo que pretendían incentivar la naciente industria.

A pesar de que algunos trabajos muestran facetas de la Campaña, no existe una investigación que la aborde como objeto de reflexión en su totalidad. Las investigaciones la mencionan y resaltan ciertos elementos de ella, de manera tangencial. No hay claridad en los investigadores sobre el alcance de la Campaña. Algunos la consideran como escasa, en la medida del poco tiempo de su duración o de los pocos recursos asignados; para otros, la Campaña alcanza logros importantes en la contribución para disminuir el analfabetismo y en el radio de acción.

Ya que era necesario, como lo sugiere el anterior balance realizado, adecuar el cuerpo y los comportamientos de una parte de la población a los ritmos de la producción y a las nuevas realidades del proceso de civilización colombiano, es importante emprender investigaciones sobre las características de ese Hombre que se pretendía configurar, ligado a la investigación sobre los proyectos estatales y gubernamentales emprendidos; por lo tanto, es importante indagar sobre el papel de la Campaña en dicho proceso.

Así mismo, el balance destaca que la Campaña y sus comisiones arrojaron trabajos sobre los departamentos de Nariño y del Huila, producto de la exploración nacional que se hizo. No obstante, hasta el momento no se conocen investigaciones que arrojen luces sobre los elementos interpretativos de la realidad nacional consignados en estos estudios, así como interpretaciones al contenido de dichos documentos. De igual manera, ya que la Campaña procuraba divulgar conocimientos no hay claridad sobre el tipo de representaciones, imaginarios, valores, costumbres, actitudes y comportamientos que pretendió difundir y la apropiación que los sectores rurales y populares hicieron de ellos.

Por lo tanto, se hace necesario emprender estudios que tomen por objeto de reflexión a la Campaña en su totalidad, que indaguen su lógica interna y destaquen los objetivos perseguidos, los medios y cada uno de los elementos y estrategias que la conformaban

(cine, radio, bibliotecas, médico, restaurante escolar, maestros ambulantes, etc.), así como los recursos con los que contó. En ellos es importante indagar acerca de las representaciones que la Campaña impulsó; los imaginarios sobre el ideal de cultura, nación, pueblo, ciudadano, etc., elementos que contribuyeron a configurar la cultura política del periodo.

Por esto y para concluir, se precisa de investigaciones que reconstruyan las imágenes, que por medio de sus diferentes estrategias, la Campaña puso en contacto con la población. Análisis que es posible realizar con el acopio documental sobre el periodo y los documentos que circularon sobre la Campaña y con la Campaña de Cultura Aldena. Es importante analizar en estos documentos las representaciones de cultura política que la Campaña hizo circular, especialmente lo concerniente acerca del papel del Estado en estas transformaciones, el tipo de educación que se deseaba instaurar, el ideal de ciudadano a configurar, las características que debían poseer los maestros que difunden el conocimiento y las características de este conocimiento, entre otros aspectos.

